

•lla de los cascos vacunos y se empleaban con objeto de despistar al enemigo. Debieron ser empleadas por los señores feudales de Holdernesse en la Edad Media.»

Holmes abrió la vitrina, cogió una de las herraduras, y mojándose el dedo con saliva lo pasó por encima del hierro. Una ligera capa de barro lo manchó.

—Gracias, señor duque—dijo cerrando la vitrina.—Este es el segundo descubrimiento interesante que he hecho en tierras del Norte.

—¿Cuál fué el primero?

Holmes cogió el *cheque*, lo dobló cuidadosamente, lo guardó en la cartera, y metiéndose ésta en el bolsillo—repuso con innegable satisfacción:

—El primero fué que soy un hombre pobre.

PEDRO EL NEGRO

I

Nunca el renombre de Sherlock Holmes subió á tanta altura como en el año de gracia de 1895. Nunca fué tan grande su fama ni tan productivos sus triunfos. El humilde cuarto de Baker Street recibió la visita de no pocas y augustas personalidades y la fortuna de Holmes no pocos ni despreciables aumentos.

Sin embargo, mi amigo, verdadero espíritu de artista, despreció muchas veces el dinero, y el caso del duque de Holdernesse no volvió á repetirse.

También, en muchas ocasiones, le he visto rechazar las ofertas de importantes personajes y negar su ayuda á generosos millonarios para consagrarse por entero á resolver problemas de gente humilde sólo por el interés que en él despertaban las excepcionales circunstancias en que se presentaban los asuntos.

Durante este año memorable tuvo ocasión de ejercitar su inteligencia en sucesos tan diversos y de tanta resonancia como el de la muerte del cardenal Tosca, para esclarecer la cual recibió encargo directo de Su Santidad, hasta la detención de Wilson.

uno de los bandidos más peligrosos que infestaban á Londres por aquella época.

Pero entre todos estos robos, asesinatos, desapariciones, herencias misteriosas y demás excéntricos aconteceres, ninguno tan interesante como la muerte del capitán Pedro Carey, que sirvió para que Sherlock Holmes demostrara una vez más lo privilegiado de su talento.

Durante la primera semana del mes de Julio desaparecía tan frecuente y largamente, que, aunque no me decía nada, supuse que algo muy importante debía traer entre manos. Esto, unido á que durante su ausencia venían muchos individuos de no muy buenas trazas á preguntar por el capitán Baril, me hizo comprender que mi amigo debía trabajar en alguna parte disfrazado de una de aquellas extrañas personalidades que tan maravillosamente le sirvieron en muchas ocasiones. Sin embargo, como no me hizo confidencias de ningún género, yo dominé mi curiosidad y no le pregunté nada absolutamente.

Cierta mañana en que yo estaba desayunándome tranquilamente, se abrió la puerta y yo lancé un grito de asombro al verle entrar. Con el sombrero echado sobre las cejas y un descomunal arpón bajo el brazo, á guisa de paraguas.

—¡Bondad divina!—exclamé.—¿A donde váis con eso, Holmes?

—No voy, vengo. He ido en coche á una carnicería.

—¿A una carnicería?

—Sí; y vuelvo con un apetito extraordinario. No hay nada mejor que un poco de ejercicio antes de comer. ¿A que no adivináis lo que he hecho hoy?

—Seguramente.

Holmes soltó la carcajada.

—Pues si hubiérais entrado esta mañana en la trastienda del carnicero Allardyce, hubiérais visto una escena muy curiosa. Colgado del techo pendía el cuerpo de un cerdo, y enfrente de él un *gentleman* en mangas de camisa intentaba atravesarle con arpón. Este *gentleman* era yo y me he convencido de que nadie que tenga igual fuerza que yo pueda hacerlo de un solo golpe. ¿Queréis probar vos?

—¿Yo? ¡Gracias! ¿Y con qué objeto hacíais eso? En el mismo momento llamaron á la puerta.

—Adelante—dijo Holmes.—Pues sencillamente porque tiene cierta relación con el crimen de Woodman's. ¡Hola, Hopkins! Ayer por la noche recibí vuestro telegrama y os esperaba. Sentáos aquí. ¿Queréis tomar algo?

Nuestro visitante era un hombre de unos treinta años próximamente; vestía un traje oscuro de americana, pero había algo en su aspecto que indicaba la costumbre de llevar uniforme. Aunque Holmes no hubiera dicho su nombre, yo le hubiese conocido en seguida. Era Stanley Hopkins, un joven inspector de policía en el cual fundaba mi amigo grandes es-

peranzas, y aquél á su vez profesaba un gran respeto por las teorías científicas é imaginativas del policía aficionado.

Su frente tenía arrugas de preocupación, y al sentarse denegó el ofrecimiento de Holmes.

—No, gracias; no tengo hambre. Me he desayunado antes de venir. He pasado toda la noche en vela.

—¿Y qué? ¿Hay algo nuevo?

—Nada. ¡Fiasco completo!

—Pero ¿no habéis adelantado?...

—Nada absolutamente.

—¡Vaya, hombre!... Veremos á ver si con mi ayuda...

—No deseo otra cosa, Sr. Holmes. Ya véis: se trata de mi primer asunto serio, y si no me dáis la mano soy hombre al agua...

—Perded cuidado. Estoy al corriente de todo; he leído todas las declaraciones, incluso la del doctor que hizo la autopsia. A propósito, ¿qué os parece esa bolsa de tabaco encontrada junto al cadáver? ¿No véis ahí el principio de una pista?

Hopkins le miró asombrado.

—Era la bolsa de la víctima, Sr. Holmes. Tiene sus iniciales. Es de piel de foca, y ya sabéis que Pedro Carey era un antiguo marino.

—¡Pero no fumaba!

—Tal vez tengáis razón, puesto que no hemos encontrado ninguna pipa en su casa; pero podía tener el tabaco para los amigos.

—Puede ser. Sin embargo, si yo me hubiese encargado del asunto, tened la seguridad de que hubiera tomado esa bolsa como punto de partida de mis investigaciones. Ahora, como el amigo Watson no sabe una palabra de lo que se trata, y á mi me gustaría recordarlo, váis á tener la bondad de decirnos los puntos esenciales del drama.

Hopkins, sacando un papel del bolsillo, empezó su narración:

—Aquí tengo apuntadas algunas fechas que resumen la carrera de la víctima, el capitán Pedro Carey. Nació el año 1845, y tenía, por lo tanto, al morir cincuenta años. Dotado de gran valor personal, obtuvo grandes éxitos en su juventud en la pesca de focas y tiburones. En 1883 mandaba un barco de pesca llamado *La Licorna*, de la matrícula de Dundee, é hizo algunos viajes felices y productivos. Al año siguiente, ó sea el 1884, se retiró y viajó por gusto otros cuantos años. Por último, compró una pequeña propiedad llamada Woodman's Lee, cerca de Forest Row, en el condado de Sussex. Allí vivió durante seis años, y allí ha encontrado la muerte hace ocho días.

Vivía en compañía de su mujer, de una hija suya que tiene veinte años y de dos criadas. Su manera de ser era de las más extrañas y más llenas de contrastes. En su estado normal era un perfecto caballero, algo triste y silencioso, pero correcto y atento como nadie. En cambio, cuando se emborrachaba, lo que era muy frecuente en él, enloquecía, hasta el

punto de transformarse en un energúmeno. Una noche expulsó de casa á su mujer y á su hija, y no contento con esto las persiguió á través del campo dándolas garrotazos hasta que los gritos de ellas despertaron á los vecinos. Respecto á las criadas, la que más duraba era un mes; todas se marchaban en cuanto conocían las costumbres del señor.

También en cierta ocasión fué citado á juicio por maltratar de palabra y de obra al anciano párroco de Forest Row, que fué á sermonearle amistosamente por su mala conducta.

En fin, señores, que era un hombre de una violencia y de una crueldad extremada en cuanto bebía lo más mínimo, no pudiéndose atribuir á los años este modo de ser suyo, puesto que, según me han dicho, fué durante su juventud completamente igual. Entre sus compañeros se le conocía por *Pedro el Negro*, no solamente por el oscuro color de su rostro y la negrura de su larga barba, sino también por su carácter y por el terror que causaba á todos cuantos le conocían.

Vos, Sr. Holmes, habréis leído en los informes de los médicos y de la justicia la disposición de su camarote; pero como el Sr. Watson tal vez la ignora, voy á repetiroslo.

A un lado del jardín, y á bastante distancia de la casa, había mandado construir una especie de pabellón de madera, al cual llamaba su *camarote*, y en el que dormía todas las noches.

Constaba de una sola pieza de diez y seis pies por

diez, y no dejaba que entrase nadie en ella, limpiándola y arreglándola por sí mismo. Tenía dos ventanas provistas de espesas cortinas que no se descubrían jamás. Una de ellas daba á la carretera, y en las noches plácidas del verano como en las crueles del invierno, los caminantes que veían brillar una luz detrás de la espesa cortina, preguntaban con terror á qué macabras y misteriosas operaciones estaría entregado en aquellos momentos *Pedro el Negro*. Ya recordaréis, Sr. Holmes, que esta ventana ha sido el punto de partida del sumario.

En efecto; dos días antes del crimen, un albañil llamado Slater volvía de Forest Row, cerca de la una de la madrugada. Al pasar por delante de la casa del marino se detuvo y miró por entre los árboles el cuadrado de luz de la ventana. En sus declaraciones ha asegurado que vió destacarse perfectamente un perfil de hombre, pero que no era el de Pedro Carey, al cual conocía sobradamente, sino el de un hombre de barba corta y puntiaguda, muy distinta de la ancha y larga del capitán. Sin embargo, sus afirmaciones no son muy de tener en cuenta, porque había pasado la noche bebiendo en una posada, y además la ventana del *camarote* está á bastante distancia de la carretera. Además esto fué el lunes, y el crimen no ocurrió hasta el miércoles.

El martes *Pedro el Negro* estuvo excitado como nunca. Recorrió toda la casa blasfemando y dando golpes en los muebles, sin lograr encontrar á ninguna de las mujeres, pues éstas iban huyendo de habi-

tación en habitación conforme le sentían acercarse. Muy avanzada la noche se retiró á su camarote, y á eso de las dos de la madrugada su hija oyó un grito desgarrador; pero acostumbrada á las excitaciones y gritos de su padre no hizo caso y se volvió á dormir.

A eso de las siete de la mañana se levantó una de las criadas y vió que la puerta del camarote estaba abierta de par en par; pero era tal el terror que sentían todos en la casa ante las cóleras de *Pedro el Negro*, que hasta después de medio día no se atrevió á acercarse, y sin entrar dentro, ver la razón de aquel hecho insólito. No había hecho más que asomar la cabeza, cuando lanzó un grito y salió como joca corriendo en busca de gente. Una hora más tarde yo entraba oficialmente en la casa.

Ya me conocéis, Sr. Holmes, y sabéis que no se me encoge el corazón fácilmente. Pues bien; os confieso que sentí un escalofrío de terror al entrar en el retiro de Carey. Una infinidad de moscas verdes y azules runruneaban con tal fuerza que diríase el sonido lejano de un armonium. Las paredes y el suelo tenían grandes manchas y salpicaduras de sangre. Pedro Carey había llamado á aquel retiro su camarote y á fe que estuvo acertado en darle tal nombre.

Desde que se entra allí parece que se encuentra uno embarcado. Hay una especie de litera, un gran baúl cuadrado y en las paredes mapas y cartas de navegación amén de un cuadro represen-

tando *La Licorna* y un pequeño estante con libros marítimos.

En medio de la reducida habitación yacía el cadáver clavado en el pecho un arpón de acero. El arma debió ser lanzada con tal fuerza que, después de atravesar el cuerpo del marino, se clavó fuertemente en el entarimado. Diríase un descomunal insecto clavado en el cartón de un entoniólogo. La muerte debió ser instantánea y el grito que oyó su hija debió lanzarlo al sentirse atravesar las carnes por el arpón.

Recordando vuestro método, Sr. Holmes, procuraré seguirle en todo.

Antes de que tocasen á nada examiné minuciosamente la parte de jardín que rodea al camarote y luego el suelo de éste. Nada. No había la menor huella de pasos.

—Eso quiere decir que no las visteis.

—No; esto quiere decir que no las había.

—Mirad, querido Hopkins; yo he intervenido en el descubrimiento de infinitos crímenes y todavía está por la primera vez que el asesino fuera un sér alado. Como no veo la razón para que el autor de éste que ahora nos ocupa lo fuese, necesariamente tendrá pies, y, por lo tanto, habrá dejado huellas de su paso. Que vos no hayáis acertado á verlas es otra cosa; pero de ningún modo debéis afirmar así, tan rotundamente, «no había huellas de ningún género». Precisamente vos mismo habéis dicho que el suelo estaba empapado de sangre, y en esta forma

resulta muy extraño que no hayáis encontrado ningún indicio.

El joven inspector se rebulló inquieto en la silla, y por fin, con voz algo despechada, contestó:

—Realmente ha sido una tontería no avisaros antes; desde el primer momento os hubiérais fijado en muchas cosas que tal vez se me hayan pasado á mí inadvertidas. Sin embargo, no todo han sido torpezas. Desde el primer momento ví que el arpón que atravesaba el cuerpo de Carey había sido cogido de una panoplia donde quedaban otros dos todavía. Sobre el mango se leía lo siguiente: «S. S.—*La Licorna*.—Dundée.» Esto indicaba que el crimen debió cometerse en un momento de cólera y que el asesino echó mano de la primera arma que encontró. Esto, unido á que el cadáver estaba completamente vestido, á que el crimen se cometió á las dos de la madrugada y á una botella de rom y dos vasos que había encima de la mesa, parecía indicar que el muerto había citado á su matador.

—Es posible—dijo Holmes.—¿Y no había más bebida en el camarote que esa botella de rom?

—Sí. En un rincón había una caja llena de botellas de cognac y de whisky. Pero esto no tiene importancia, puesto que ninguna de ellas estaba abierta, sino con los tapones y las etiquetas intactas.

—No obstante, siempre es un dato. Vamos á ver, enumeradme algo más de los objetos que encontrásteis en la habitación.

—Encima de la mesa había esta bolsa de tabaco

—¿En qué sitio?

—En medio. Como véis, es de piel de foca, y se ata con una cinta de cuero. Aquí se leen claramente las iniciales *P. C.* Cuando la encontré contenía una onza de tabaco común.

—Muy bien, ¿y qué más?

Hopkins metió la mano en el bolsillo y sacó un cuaderno de cubierta gris. Tenía señales de haber sido muy traído y llevado, y las páginas habían perdido su color primitivo. En la primera se leían claramente las iniciales *J. H. N.* y la fecha 1883.

Holmes puso el cuaderno encima de la mesa y empezó á examinarlo atentamente. Por sobre sus hombros Hopkins y yo mirábamos. En la segunda página había las iniciales *C. P. R.*, luego seguían otras varias llenas de números, luego un título: «Argentina», y otro: «Costa Rica» y otro «San Pablo», y debajo de ellos una porción de letras y de cifras.

—¿Qué os parece de esto?—dijo Holmes levantando la cabeza.

—Parece una lista de valores cotizables en Bolsa. *J. H. N.* deben de ser las iniciales del corredor, y *C. P. R.* las del cliente.

—Vamos á ver: Canadian Pacific Railway (1)

Hopkins barbotó un juramento, y dándose una palmada en la frente exclamó:

—¡Qué imbécil he sido! Eso debe ser seguramen-

(1) Camino de hierro del Canadá al Pacífico. (*N. de T.*)

te. Ya no nos falta más que averiguar lo que quieren decir J. H. N. He consultado las listas del personal que figuró en Bolsa el año 1883 y no he hallado ningún individuo cuyo nombre correspondiera a esas iniciales. Y sin embargo yo creo que ahí está la clave del enigma. Ese J. H. N. debe de ser el matador, y si logramos convencernos de que los números de este cuaderno son listas de cotizaciones y de operaciones bursátiles, abriremos un camino que nos conduzca al descubrimiento de los móviles que tuvo ese hombre para cometer el crimen.

Yo leí en la mirada de Holmes que esta última observación no le pareció muy descabellada.

—Tal vez tengáis razón, y este cuaderno, el cual no se menciona para nada en el sumario, me ha hecho cambiar de opinión. Ahora debo establecer hipótesis completamente distintas. ¿Habéis encontrado algún documento que os demostrara la existencia de esos valores públicos?

—No. Hemos abierto una información especial para ver quienes son los poseedores de valores americanos, cuyos números correspondan á los señalados en este cuaderno. Pero ya comprenderéis que esto es muy lento y que pasarán bastantes días antes de que tengamos una contestación definitiva.

Holmes volvió á examinar la cubierta gris, ayudándose esta vez con la lupa.

—¡Aquí hay una mancha!—exclamó.

—Sí; de sangre. Se me olvidó deciros que cogí ese cuaderno del suelo.

—¿La mancha de sangre estaba debajo ó encima?

—Debajo.

—Luego eso prueba que el libro cayó después de cometido el crimen.

—También hice yo esa misma observación, señor Holmes. El cuaderno se le debió caer al criminal al huir precipitadamente, lo que por otra parte confirma su situación.

—¿Dónde estaba?

—Cerca de la puerta.

—¿Y creéis que la víctima fuese propietario de estos valores?

—Creo que no.

—¿Entonces opináis que no se trata de un robo?

—Tal es mi opinión. En el cuarto no faltaba nada.

—Es raro, es raro... Cada vez me interesa más este asunto... me parece haber leído que encontraríais un cuchillo, ¿es verdad?

—Sí; un cuchillo puñal, metido en su vaina. Estaba cerca de los pies del cadáver, y la señora Carey lo reconoció como de la propiedad de su marido.

Holmes permaneció un rato pensativo.

—¡En fin!—dijo con ademán resuelto.—Me parece que sería conveniente hacer una visita allá abajo, Stanley Hopkins lanzó un grito de alegría.

—¡Gracias, Sr. Holmes! Me quitáis un gran peso de encima.

Holmes sonrió.

—Sin embargo, Hopkins, sin embargo, no creo que pueda hacer ahora tanto como si me hubierais

avisado en el primer momento. Hemos perdido ocho días.

—¿Entonces?—balbuceó algo apurado el policía.

—No, no hay que desesperar. Yo estoy dispuesto á trabajar de firme. ¿Tenéis algo que hacer, Watson?

—Nada absolutamente.

—En ese caso no me negaréis el placer de acompañarnos. ¿Queréis tener la bondad, Hopkins, de avisar un coche para que nos lleve á la estación?

II

Dejamos el tren en el apeadero de Forest Row y recorrimos algunos kilómetros en carruaje á través de árboles centenarios. Son estos viejos árboles restos de aquellos tupidos bosques que resistieron tanto tiempo la invasión sajona, y que fueron por espacio de sesenta años un dique contra el impetuoso torrente. Luego, cuando se descubrieron las primeras minas de hierro, se empezaron á talar los árboles para la fundición de metal. Poco á poco la industria se fué extendiendo por toda la parte Norte, y hoy aquel terreno que fué tan frondoso, aparece aquí y allá roto por las amplias excavaciones mineras.

Por fin vimos la casa. Estaba situada en la cima de una colina y se llegaba á ella por un sendero abierto á campo traviesa. Un poco separado del edificio principal y más próximo á la carretera, casi embutido entre árboles, se veía el pabellón trágico.

Primero entramos en la casa. Stanley Hopkins nos presentó á la viuda de la víctima, una mujer flacucha y débil de ojos, constantemente azorados, como si se hubiese cristalizado en ellos el horror de la muerte. Empezó á contarnos la mala vida que le daba su marido, y pronto á su voz se unió otra, la

de su hija, y de la sombra surgió una figura esbelta y pálida, unos ojos que brillaban desafiantes y unas palabras brutalmente francas que decían júbilo por la muerte del padre y bendición y agradecimiento para las manos asesinas. ¡Bien satisfecho podía estar Pedro Carey de su obra y de la huella que había dejado tras de sí!

Cuando salimos al campo nos pareció respirar más á gusto que en la habitación donde las dos mujeres testificaban su odio más allá de la tumba.

Llegamos al pabellón de madera. Era de construcción sencilla, de sencillez primitiva. Tenía una puerta y dos ventanas: una de ellas daba á la carretera y la otra se abría ante la espesa arboleda.

Stanley Hopkins sacó una llave del bolsillo, y al ir á meterla en la cerradura lanzó un grito de asombro y volvió hacia nosotros la cara llena de estupor.

—¡Demonio! ¡Aquí han andado!

Holmes y yo nos inclinamos y vimos que la madera próxima á la cerradura estaba llena de rayas y de cortaduras. Holmes se dirigió á la ventana y la examinó igualmente.

—También han intentado forzar esta ventana—dijo—pero no lo han conseguido. El que fuera no debe tener muchas fuerzas.

—Es raro. Juraría que ayer por la tarde no había estas señales.

—Tal vez sea algún curioso—observé.

—No es probable. ¡Cualquiera se arriesga después

de lo ocurrido á asaltar la propiedad, y, sobre todo, á entrar en el camarote; ¿verdad, Holmes?

—Lo que yo creo es que hemos tenido mucha suerte.

—¿Qué? ¿Os parece que volverá el que ha hecho estas señales?

—Es casi seguro. El vino creyendo que la puerta estaría abierta. Al convencerse de lo contrario intentó abrirla con una navaja. Como no lo consiguió, volverá esta noche con herramientas más poderosas é infalibles.

—¡Ojalá! Y os aseguro que no será culpa nuestra si se escapa. Ahora, si os parece, veremos el interior.

Las huellas del crimen habían desaparecido; pero la disposición interior del camarote continuaba siendo la misma.

Sherlock Holmes estuvo por espacio de dos horas examinándolo todo detalladamente, pero sin que nada, al parecer, le revelara lo más mínimo. Sólo una vez se detuvo, y volviéndose hacia Stanley Hopkins le preguntó:

—¿Habéis quitado algo de este estante?

—No; no lo he tocado siquiera.

—Pues alguien lo ha quitado. Fijáos en el polvo. Aquí debía de haber una caja ó un libro. Ahora, si no tenéis inconveniente, el amigo Watson y yo vamos á dar un paseo por el bosque á gozar del aire libre, del vuelo de los pájaros y del susurro de los árboles. Nos reuniremos aquí dentro de dos horas.

—¿Pero...?

—Nada, querido; hasta luego. Me parece que esta noche sabremos quién es el visitante nocturno.

A las once de la noche establecimos la emboscada. Hopkins quería dejar abierta la puerta del camarote; pero Holmes se opuso diciendo que esta facilidad tal vez fuera sospechosa al nocturno visitante. Además, la cerradura era poco resistente y con una simple hoja de cuchillo podría violentarse. Nos colocamos, pues, detrás de los primeros árboles del cercano bosquecillo y esperamos pacientemente la llegada de nuestro misterioso personaje.

Fué larga la espera y más de una y de dos veces sentimos el calor del cazador en acecho. ¿Qué clase de fiera íbamos á cazar? ¿Sería un profesional del crimen con el cual tendríamos que desplegar todos nuestros recursos y nuestras fuerzas? ¿Sería un tímido chacal, peligroso únicamente para los débiles? Pronto saldríamos de dudas.

Estábamos tendidos boca abajo. En torno nuestro se iba extendiendo el silencio. Las pisadas de algunos trasnochadores fueron cesando; las luces de la vecina aldea apagáronse poco á poco, y los aullidos de los perros, de numerosos que eran, cesaron uno á uno. Pasado un rato ya no oía más que de cuando en cuando las horas del reloj de la iglesia cercana

y el ruido de la lluvia fina y tenaz sobre las hojas de los árboles y el cinz de la caseta.

Sonó la media de las dos. Una obscuridad absoluta reinaba en torno nuestro. De pronto aguzamos el oído. Alguien había saltado la verja y avanzaba con pasos táticos jardín adelante. Luego cesaron los pasos y se oyó un chirrido ténue y constante. Estaban forzando la cerradura, y esta vez con más fortuna que la noche anterior. Sonó un chasquido seco y la puerta giró sobre sus goznes. Encendieron una cerilla, y un segundo después el camarote quedó iluminado por la luz de una vela. A través del visillo de la ventana que daba al bosque donde estábamos ocultos, vimos perfectamente la escena.

El visitante nocturno era un joven pálido y delgado, con un largo bigote negro que acentuaba la lividez del rostro. Aparentaba unos veinte años, y yo no recuerdo haber visto en mi vida un hombre en semejante estado de terror. Sus dientes castañeteaban y un temblor continuo estremecía todos sus miembros. Vestía decentemente, con una americana de cuadros y un pantalón claro, y se cubría la cabeza con una gorrita. Dominando su terror puso la vela encima de la mesa y se dirigió á uno de los rincones, desapareciendo de nuestra vista. Al poco rato volvió con un gran libro, y colocándole sobre la mesa, lo hojeó rápidamente, se detuvo en una página y lo cerró con un gesto de disgusto. Luego lo dejó en su sitio y apagó la vela. Ya se disponía á salir cuando nosotros entramos en el camarote, y Hol-

mes, cogiéndole por el cuello, le murmuró al oído unas palabras.

Hopkins encendió la vela y á su luz vimos al joven tembloroso, lívido, que se había dejado caer en un sillón y que nos miraba con los ojos desorbitados por el terror.

—Vamos, vamos, buen mozo—exclamó Hopkins.—No hay que asustarse. ¿Qué demonios hacíais aquí?

El joven, procurando recobrar su sangre fría, contestó:

—Seguramente debéis ser de la policía, y al verme aquí, habéis supuesto que yo he intervenido en el asesinato del capitán Carey. Os engañáis. Yo soy inocente.

—Bueno; eso ya lo veremos. ¿Cómo os llamáis?

—John Hopley Neligan.

Holmes y Hopkins cambiaron una rápida mirada de inteligencia.

—¿Qué hacíais aquí?

—¿Me prometéis guardar el secreto?

—No hacemos promesas de ningún género.

—Entonces no diré nada.

Hopkins se encogió de hombros.

—Como queráis; pero ese silencio no servirá más que para empeorar vuestra situación.

El joven se estremeció.

—Bien, bien, hablaré aunque con ello haga que... ¿Habéis oído hablar alguna vez de Dawson y Neligan?

En el rostro de Hopkins comprendí que era la primera vez que oía estos nombres; en cambio Holmes aguzó su atención.

—¿Os referís á los banqueros del Oeste?—dijo.— Ya sé quienes son. Quebraron por más de un millón, causando la ruina de muchas familias. Neligan creo que...

—Neligan era mi padre—balbuceó el detenido.

Por fin teníamos una pista, aunque no resultara muy clara y lógica de relación entre el asesinato de Carey y la quiebra de los banqueros Dawson y Neligan. Hubo una pausa; después el joven empezó su narración:

—Mi padre fué el único que sufrió con aquella quiebra. Dawson se había retirado ya. Entonces tenía yo diez años, y á pesar de mi poca edad, fué tal la desesperación de mi padre, que no he podido olvidar aquellos días ni los olvidaré mientras viva. Se dijo que mi padre huyó con los valores y eso fué una infame calumnia. Si le hubieran dado un plazo él hubiese cumplido con todos los acreedores, pero se lo negaron y antes de que lo detuvieran huyó á Noruega en su *yacht* de recreo. ¡Nunca olvidaré la noche de la despedida! Nos dejó una lista de los valores que llevaba consigo, jurándonos que no volvería hasta que pudiera rehabilitar su honor. No volvimos á saber más de él. La sombra y el silencio se lo tragarón á bordo de su *yacht*.

Mi madre y yo creímos en un naufragio. En medio de nuestra desgracia nos había quedado un leal

y antiguo amigo de mi padre que, seguro de su honradez, no nos abandonó un solo momento. Por él supimos que algunos de los valores llevados por mi padre habían sido puestos en circulación en el mercado de Londres.

¡Juzgad cuál sería nuestro asombro! Inmediatamente empecé mis pesquisas, y después de no pocas dificultades logré saber que el primer vendedor había sido el capitán Pedro Carey.

Procuré adquirir antecedentes de este hombre, y supe que había mandado un buque que se dedicaba á la pesca de la ballena, y que precisamente en la época en que mi padre emprendió el viaje á Noruega volvía él de los mares árticos.

Como el otoño de aquel año fué pródigo en tempestades, no resultaba disparatada la idea de que el *yacht* de mi padre hubiera sido desviado hacia el Norte, y tal vez hubiera tropezado con el barco del capitán Carey.

En este caso el capitán podría decirme la muerte de mi padre y sobre todo certificar que, quien había negociado los valores no fué mi padre, sino él, evitando con esto un nuevo estigma sobre la memoria del hombre honrado que me dió el sér.

Llegué aquí precisamente al día siguiente del asesinato. El suceso me contrarió muchísimo; pero luego, recordando que los periódicos decían haber sido encontrados en el camarote los libros de á bordo, se me ocurrió que examinando lo sucedido durante el mes de Agosto de 1883 en *La Licorna*, tal vez lle-

gara á saber algo respecto de la desaparición de mi padre. Ayer por la noche intenté entrar por la primera vez sin conseguirlo. Esta noche repetí la tentativa, cogí el libro y he visto que precisamente las páginas correspondientes al mes de Agosto han sido arrancadas. Lo demás ya lo sabéis.

—¿Habéis dicho la verdad?—preguntó Hopkins.

—Toda la verdad.

—¿No tenéis nada más que decirnos?

El joven no pudo ocultar un momento de vacilación.

—No; nada más.

—¿No habíais venido aquí anteanoche?

—No.

—Entonces, ¿cómo nos explicáis esto?—exclamó Holmes, enseñándole el cuaderno manchado de sangre.

El desgraciado dejó caer la cabeza entre las manos y empezó á sollozar.

—Vamos, contestad—continuó rudamente Hopkins.

Neligan levantó la cara y con voz temblona, mojada por las lágrimas, murmuró:

—¿Dónde lo habéis encontrado?... Yo creí que lo había perdido en el hotel.

—Ya véis que os hemos cogido en una falsedad—repuso Hopkins con acento severo. Veremos á ver si sois más explícito con el juez. Ahora váis á seguirme á la comisaría. ¿Vamos, Holmes? Aunque afortunadamente este asunto está ya terminado, sin

que haya sido precisa vuestra intervención, yo os estov muy agradecido. Os he mandado preparar dos habitaciones en el Hotel Brambletye, de modo que podemos ir juntos hasta el pueblo.